

LAS POBLACIONES INDIGENAS HISTORICAS DEL SECTOR ORIENTAL DE LA PUNA (UN INTENTO DE CORRELACION ENTRE LA INFORMACION ARQUEOLOGICA Y LA ETNOGRAFICA)

Pedro Krapovickas

INTRODUCCION

En una publicación anterior (Krapovickas, 1979a) hemos dado a conocer los resultados de un análisis de fuentes escritas del siglo XVI donde tratamos de determinar cuales fueron las poblaciones aborígenes del sector oriental de la Puna a comienzos de ese siglo. En la presente ocasión queremos señalar las coincidencias que encontramos entre el bosquejo entonces elaborado y lo que nos muestra la arqueología.

Usando los documentos hemos tratado de individualizar a las sociedades que vivieron en esta región al iniciarse la conquista hispana. Señalamos, cuando pudimos, los lugares en los que aquellas estuvieron radicadas. La investigación arqueológica, por otro lado, nos hizo conocer diversas culturas manifiestas en los restos estudiados. Suponemos que si existe una real correlación entre ambos modelos, el etnohistórico y el arqueológico, las culturas tardías localizadas en esos lugares pasan a ser patrimonio de los grupos (parcialides, tribus o naciones) reconocidos por el análisis etnohistórico. De esta manera, las zonas de dispersión de esas entidades culturales corresponden a los territorios ocupados por las distintas poblaciones indígenas. Surge así un panorama étnico, válido para el final de los tiempos prehistóricos, elaborado tanto a partir de los vestigios arqueológicos como de los escritos más tempranos.

La arqueología analiza los múltiples restos materiales señalando tipos y estilos cerámicos, complejos industriales, fases culturales o culturas. Los documentos proporcionan un cierto número de nombres de grupos de indios que se localizaban en diferentes zonas del noroeste: omaguacas, calchaquíes, ocluyas, chichas, diaguitas, pulares, casavindos, etc. Resulta imprescindible la compaginación de estas dos categorías distintas de conocimientos para que esas sociedades prehistóricas vuelvan a adquirir una personalidad real y vigente.

Pero es necesario señalar cuales son los obstáculos inherentes a esta tarea. La información proporcionada por los documentos es muy limitada. Practicamente se reduce a la mención de nombre de poblaciones indígenas. Son muy pocos, además, los datos relativos a su organización social y cultural. Son igualmente confusas las referencias que brindan para su localización precisa.

En el campo arqueológico también se registran dificultades. Los conocimientos son todavía algo limitados. Las culturas aquí estudiadas han sido definidas principalmente sobre la base de las tipologías cerámicas. La información arqueológica utilizada es, necesariamente, la más tardía, ésto es, la correspondiente al momento final del desarrollo sociocultural prehistórico, pero a veces no resulta fácil discriminar entre los elementos culturales más antiguos y aquellos más modernos que puedan ser considerados, sin ninguna duda, como propios de las poblaciones históricas. Tampoco están definitivamente delineados los límites territoriales entre distintas culturas contemporáneas. No obstante creemos que lo que se conoce es suficiente como para elaborar de manera tentativa un cuadro sintético el cual tiene, por supuestos, el valor de una hipótesis a comprobar.

La porción más meridional del gran altiplano andino, la que queda comprendida en su mayor parte dentro de los límites de nuestro país y a la que llamamos Puna, puede ser dividida en dos sectores (Ottonello y Krapovickas, 1973). Uno de ellos es el oriental que es menos extenso, se proyecta hacia el este respecto a toda la región y coincide con la zona conocida tradicionalmente como Puna de Jujuy. El otro sector, el occidental, que es mucho mayor, correspondería a la antigua Puna de Atacama¹. En razón del ámbito geográfico abarcado por las fuentes escritas hasta ahora conocidas esta investigación se centra en el primero de esos sectores, el oriental. Por otra parte, los conocimientos arqueológicos más numerosos provienen también de ese mismo sector. Esto hace que solamente allí pueda realizarse el tipo de estudio comparativo que proponemos.

Para elaborar nuestra hipótesis hemos tenido que hacer coincidir fundamentalmente estas tres cosas: etnias identificadas a partir de los documentos, entidades culturales definidas mediante los vestigios arqueológicos y espacios territoriales que pudieran ser propuestos como zonas de expansión de aquéllas. Para lo primero acudimos a las fuentes escritas donde hallamos nombres de grupos indígenas y algunos datos adicionales relativos a su localización. A esto agregamos la consideración de los topónimos derivados de esos nombres los que nos orientaron más decididamente en la determinación de los lugares en los que pudieron vivir esos grupos (Krapovickas, 1979a).

Tanto con los resultados de los estudios arqueológicos personales como con los de otros investigadores delineamos un panorama general del pasado prehistórico del sector oriental de la Puna con la propuesta de la existencia de más de una cultura (Krapovickas, 1965, 1968, 1977, Ottonello y Krapovickas, 1973). Estas culturas han sido individualizadas y segregadas unas de otras por

¹ Los dos sectores quedan separados por una franja de territorio que, dirigida de norte a sur, está comprendida, aproximadamente, entre los 66° 15' y 66° 20' de long. oeste de Greenwich. El oriental se localiza entre los 22° y 24° de lat. sur. En cambio el occidental llega hasta los 27° de lat. sur.

las diferencias que se observen en los restos materiales. En este sentido las alfarerías, a las que se agregan algunos elementos adicionales como la forma de los entierros, poseen un rol principal.

Para combinar estos dos tipos de datos, los etnohistóricos y los arqueológicos, en un mismo esquema partimos de un supuesto. Según el mismo, dada una correspondencia cronológica y una coincidencia en la localización geográfica, se puede proponer una correlación entre ciertos conjuntos homogéneos de vestigios, las culturas o fases culturales de los arqueólogos, y determinadas sociedades (Meggers y Evans, 1980). Esto nos llevó a postular que, en el sector oriental de la Puna, las culturas tardías de Casabindo y Yavi fueron los patrimonios de los casavindos y cochinos, la primera, y de los chichas, la segunda.

Quisimos completar la propuesta de nuestra hipótesis fijando un posible límite a la expansión máxima de todas estas entidades. Para ello hemos considerado la posible relación existente entre la dispersión de rasgos culturales y las cuencas hidrográficas del sector oriental (Ottonello y Krapovickas, 1973). Esas cuencas son las unidades espaciales fundamentales de acuerdo a las cuales se puede analizar e interpretar la distribución de los restos arqueológicos. Por ello las hemos tomado en cuenta al definir los territorios por los que se extendieron las antiguas sociedades con sus culturas.

En ese sector oriental los ríos y arroyos pertenecen a tres grandes cuencas, dos son típicas cuencas y la tercera es abierta de desagüe oceánico. Las dos primeras son la de Miraflores-Guayatayoc-Salinas Grandes, al este y al sur del sector oriental, y la de Pozuelos en el centro, oeste y norte. La tercera es la cuenca formada por los tributarios del Pilcomayo. Esta última puede ser dividida en dos subcuencas. Una es la de Yavi-La Quiaca, en el extremo noreste de ese sector. La otra es la del río Grande de San Juan, o San Juan Mayo de los antiguos arqueólogos, que está en su ángulo noroeste.

De esta manera podemos precisar aún más nuestra hipótesis. En la sección central y septentrional de la primera de esas cuencas estuvieron los casavindos y los cochinos, dos parcialidades íntimamente emparentadas. En el nordeste, en la subcuenca de Yavi-La Quiaca, se radicaron algunos grupos de indios chichas. La cuenca de Pozuelos fue ocupada en su porción norte por los chichas, como lo sugieren las fuentes históricas y la arqueología. En el sur de la misma cuenca hubo, según la arqueología, importantes instalaciones de los casavindos y cochinos. En el noroeste del sector, el valle del río Grande de San Juan parece que estuvo poblado por gentes pertenecientes a diversas parcialidades que convivieron en vecindad y en contacto.

EL MODELO ETNOHISTORICO

El modelo etnohistórico propuesto por nosotros, como así también las bases sobre las que se asienta, han sido dados a conocer en una publicación nuestra anterior ya mencionada (Krapovickas, 1979a). Por lo tanto aquí presentaremos una síntesis del mismo. Hemos trabajado con las fuentes escritas ya conocidas y publicadas tratando de revalorizarlas con una nueva perspectiva. Usamos básicamente las series publicadas entre 1918 y 1926 por Roberto Levi-lliér. Existen otras compilaciones igualmente importantes, que también hemos

consultado, pero aquélla, la de Levillier es, sin ninguna duda, el principal conjunto documental accesible.

En esos documentos, Probanzas de Méritos y Servicios, correspondencias de gobernadores, virreyes y oidores, papeles de la Audiencia de Charcas, actas y autos de fundaciones de ciudades y en otros diversos escritos, es donde puede encontrarse la mayor parte de la información pertinente. En segundo lugar utilizamos también algunas crónicas. Pero con ellas, Lizárraga, Cieza de León, Diego Fernández el Palentino, Herrera y Tordesillas, Vázquez de Espinosa o aun Lozano, muy poco más se puede agregar a lo aportado por todo lo anterior.

Esas fuentes escritas son relativamente tardías, segunda mitad del siglo XVI, lo cual implicaría una dificultad. Sin embargo hemos considerado que las mismas permiten intuir con cierta seguridad cuál fue el estado original de las tribus a fines del período indígena. Hubo en lo que es hoy el noroeste argentino sublevaciones tempranas de los indios que demoraron hasta fines de ese siglo la fundación de ciudades y el afianzamiento definitivo de la conquista. Por ello creemos que, en estas regiones, la acción intensamente transformadora ejercida por los conquistadores sobre los indígenas pudo haberse demorado un tanto. Para respaldar esto podemos acudir a la arqueología. Se han encontrado diversos restos europeos en asociación con vestigios indígenas (von Rosen, 1957; Vignati, 1938; Ottonello, 1973; Alfaro, 1983), que nos señalan que las pautas de la vida prehistórica perduraron, con pocos cambios, durante bastante tiempo.

Además, los hombres que rubricaron esos documentos, Abreu, Lerma, Sotelo, Narváez, Mejía Mirabal, Ramírez de Velasco, Argañarás, etc., fueron los primeros conquistadores, gobernadores, pobladores y funcionarios españoles de esas tierras. Otros como Juan de Matienzo, si bien residieron lejos de los escenarios de los hechos que anotaban, tuvieron óptimos informantes. Todos ellos conocieron muy bien, directa o indirectamente, los lugares sobre los que escribían y fueron testigos de una vida aborígen, si bien ya en proceso de aculturación y cambio, todavía bastante pura.

Pero, lamentablemente los datos que traen esos documentos sobre los indios, son muy escuetos. Aparecen dispersos incluidos en textos en los que se tratan los más diversos temas, especialmente de carácter burocrático, inherentes a la vida española en la región. Los nombres de las tribus y las parcialdades o los de sus pueblos se leen, ya sea solos o junto al de otros grupos, en los escritos relacionados con las encomiendas o en las listas de poblaciones que pasaban a depender de las nuevas fundaciones españolas. Una serie importante de citas se originan en hechos bélicos, básicamente por la participación de las tribus en la gran sublevación de Juan Calchaquí a partir, aproximadamente, de 1560. Como resultado de esto los nombres de los indios de la Puna se ven anotados con frecuencia a raíz de sus constantes ataques a los viajeros europeos que se trasladaban desde el Tucumán a Charcas por el camino del altiplano. Pocos documentos traen algo más. Una excepción lo constituye la carta del licenciado Matienzo del 2 de enero de 1566 en la que proporciona una cantidad algo mayor de información. Un análisis de este documento y de la personalidad de quien lo escribió lo hemos incluido en nuestro trabajo anterior sobre el tema (Krapovickas, 1979a, pág. 80).

Tanto para concretar la temática de nuestro trabajo como para precisar el tipo y el carácter de la documentación utilizada nos limitamos a un determina-

do período: la porción del siglo XVI comprendida entre la expedición de Almagro en 1535 y la definitiva fundación de San Salvador de Jujuy en 1593. En cambio, los escritos por sí mismos son los que nos dieron el ámbito territorial de nuestro estudio. Los documentos correspondientes al citado momento aportan datos exclusivamente sobre las antiguas comunidades radicadas en el sector oriental de la Puna, especialmente respecto a aquellas que vivieron en las cercanías del trayecto puneño del camino que unía al Tucumán con el Perú, una ruta muy transitada por los conquistadores españoles. En cambio, para el sector occidental sólo contamos con una única referencia vaga y dudosa de Sotelo Narbáez (Krapovickas, 1979a, pág. 79). Este hecho resulta coherente con lo que nos muestra la arqueología, ya que, dado el elevado número de sitios arqueológicos conocidos, parece que en el sector oriental hubo, durante el período tardío, una mayor densidad de población que en el resto de la región puneña.

Del análisis de los textos arriba mencionados surge que, en el momento del descubrimiento y la conquista de lo que hoy es el norte argentino por los españoles, en el sector oriental de la Puna vivieron, con seguridad, los chichas, los casavindos, los cochinos y los apatamas (Krapovickas, 1979a, pág. 83).

La existencia de indios chichas en el sector oriental de la Puna, al sur de los 22°, es decir en parte de lo que es hoy nuestro país, aparece claramente señalada en la mencionada carta del licenciado Juan de Matienzo. En ella, al describir uno de los caminos que ligaban a Charcas con el Río de la Plata, Matienzo anotó las sucesivas etapas, con las distancias que las separaban y los indios que vivían en cada una. De esta manera en el primer tramo de esa ruta, entre la villa de La Plata y Moreta, esta última ya en la Puna, cita a yamparaes, uruquillas y chichas. Según esa carta, las dos últimas localidades de los chichas eran Calahoyo y Moreta. La primera se encuentra junto a la moderna frontera internacional, en el norte del bolsón de Pozuelos. Moreta está más al sur, en su borde este. Esto indica que una importante porción de ese bolsón fue ocupada por los chichas. Lo anterior resulta plenamente aceptable, pues el amplio valle en cuyo fondo está la laguna de Pozuelos constituye la prolongación natural del antiguo territorio ocupado por los chichas en el sur de la actual Bolivia.

En otra fuente, la relación de Sotelo Narbáez, posiblemente de 1582, se anota, al describir el valle Calchaquí que el mismo termina "cerca de la puna de los indios de caxabindo que están cerca de los Chichas cuya lengua hablan demas de la natural suya que la diaguita". (Jiménez de la Espada, 1881-97, t. II, pág. 148.) Esta vecindad entre los indios de Casabindo y los Chichas, a la que se agrega el conocimiento de su idioma confirma lo anotado por Matienzo, en cuanto a la extensión de esos últimos indígenas hacia el sur.

Los indios casavindos o de Casavindo son mencionados reiteradamente a partir de los documentos conocidos más antiguos (1540). Su nombre perdura en el de una localidad puneña moderna: Casabindo. Hay respecto a ellos una serie de citas que resultan algo más explícitas y que son coincidentes. Los sitúan al norte del valle Calchaquí y de las Salinas Grandes. Figuran además en una posición coherente con relación a la que tienen otros nombres de lugares, como Purmamarca, Calahoyo y Moreta, también anotados en los documentos y cuya localización actual se conoce. Todo esto confirma que estos indios vivie-

ron en la zona en la que ahora está el pueblo que lleva su nombre. Así puede postularse, con pocas dudas, que el hábitat particular de los casavindos estuvo en la sección central de la cuenca de las Salinas Grandes y la laguna de Guatayoc, aquella que es recorrida por el río Miraflores y sus afluentes.

Según los documentos, poseyeron más de una instalación a las cuales los españoles les dieron su misma denominación. El pueblo actual, fue sin duda, el lugar donde fueron reducidos estos indios quienes habrían ocupado originariamente un territorio más amplio. Pero las fuentes escritas no proporcionan ningún dato que permita fijar los límites máximos de su expansión. Por la situación central que ocuparon en la cuenca citada y por la frecuencia con que aparecen registrados en los papeles resulta claro que, la de los casavindos, fue una de las parcialidades más importantes entre las que se radicaron en el sector oriental de la Puna, junto al camino del Perú.

La cita de Sotelo Narbáez arriba transcrita crea confusión respecto a la filiación étnica de estos indios al decir que su lengua natural era la diaguita. Como ya lo expresáramos en otra oportunidad (Krapovickas, 1979a, pág. 85) esta afirmación no cuenta con el respaldo de otros documentos ni tampoco con el de los hallazgos arqueológicos. Por ello no la tomamos demasiado en cuenta hasta que aparezcan nuevas pruebas en su contra o en su favor. Suponemos que se puede tratar de un registro erróneo de aquel poblador del antiguo Tucumán, quien con relación a otros asuntos resulta muy confiable.

Los indios cochinos aparecen mencionados múltiples veces junto a los casavindos. La información proporcionada por los papeles sobre su localización precisa es más escasa que la que tenemos para los casavindos. Pero a pesar de ello nos confirman que los cochinos también estuvieron en la Puna.

No figuran en la carta de Matienzo como indios que habitaran junto al camino por él descripto. No obstante, las constantes citas sobre sus actividades bélicas indican que ellos también vivieron a la vera de la ruta que unía al Tucumán con Perú, posiblemente sobre algún otro tramo del camino, distinto al señalado por aquel funcionario en su misiva. Con el nombre Cochino hay ahora, en el sector oriental de la Puna, una sierra u, n pueb'lo, que está junto a ella, y un departamento jujiño. Por eso pensamos que su emplazamiento original pudo localizarse en la zona donde se encuentran ese pueb'lo y esa sierra.

No sólo encontramos anotados juntos reiteradamente en los escritos de la época a casavindos y cochinos, sino que las localidades en las que perduran sus nombres son muy próximas. Están separadas por una distancia de, aproximadamente, 32 kilómetros en línea recta. Esto nos lleva a registrarlos conjuntamente como dos parcialidades estrechamente vinculadas integrantes de un grupo más grande de nombre aún desconocido.

Pero hay un documento que plantea problemas. En la encomienda otorgada a Juan de Villa nueva por Pizarro en 1540, figura el pueblo de Cochino, con su cacique principal Tauarca, como dependiente del cacique Quipildora de Humahuaca. Esto sugiere que los cochinos fueron tal vez una colonia omaguaca enclavada en la Puna. Pero no encontramos ninguna otra prueba documental al respecto como tampoco la hallamos en los datos arqueológicos. Por eso mantenemos en nuestra propuesta a casavindos y cochinos como partes emparentadas de una unidad mayor.

Sobre los apatamas, otro de los grupos indígenas que posiblemente vivieron en la Puna se sabe muy poco. Se generó en torno a ellos bastante confusión, ya que Boman sinonimizó su nombre y el de los atacamas. Pero como ya lo señalaron Coni (1925) y Vignati (1931), estos indios aparecen repetidas veces en los documentos lo que indica que fueron una entidad independiente y separada tanto de los atacameños como de los otros indios de la Puna.

No quedó ningún topónimo actual derivado de su nombre, por lo cual no se puede reconocer, como en otros casos, la posible zona que ocuparon. Los documentos dicen que, como los casavindos y los omaguacas, estuvieron "delante de los chichas". Con esto podemos suponer que ellos también, al igual que casavindos y cochinos vivieron en algún paraje vecino. Pero como no los cita Matienzo, pensamos que estuvieron radicados lejos del camino que él describe.

Salas (1945, pág. 72), al encontrar un parecido entre los vocablos apatamas y Patana, uno de los pueblos de los lipes, sugiere que esos indios pudieron ser aimaras. Pero nosotros preferimos otra posibilidad. Se sabe que fueron encomienda de Hernando Sedano de Ribera a quien dieron muerte. Lohmann Villena, en su estudio biográfico sobre Juan de Matienzo dice que Sedano de Ribera, su yerno, fue muerto por indios chichas. Esto, ligado al dato anterior permite pensar que los apatamas fueron quizás una parcialidad de los chichas, tal vez la que se unió a la rebelión de Juan Calchaquí.

Se debe hacer destacar un hecho. Los apatamas figuran mencionados muchas veces, especialmente en la documentación referida a la sublevación de Calchaquí, junto a los casavindos y omaguacas. Estos tres nombres se reiteran en los papeles como si fuera una fórmula repetida maquinalmente por los escribientes. Pero en muchas otras ocasiones, sin que conozcamos las causas de ello, los cochinos aparecen reemplazándolos.

EL MODELO ARQUEOLOGICO

Los documentos proporcionan datos mínimos sobre la localización de algunas de las antiguas tribus. Esta escasa información la hemos complementado con la toponimia. Pero estos dos elementos no son suficientes para fijar límites máximos a las zonas que ocuparon. Pero ello debemos acudir a la arqueología, un expediente ya usado por nuestros investigadores (Salas, 1945, pág. 45). Si atribuimos las diferentes culturas descritas por la arqueología a distintas comunidades indígenas, la dispersión de los restos materiales que las caracterizan nos marcan los posibles territorios en los que vivieron esas sociedades.

En el sector oriental de la Puna, para el período tardío, se han definido dos culturas distintas y contemporáneas, la de Yavi y la de Casabindo (Krapovickas, 1965; 1968). Según lo que muestra la arqueología actual, sus focos principales parecen estar localizados en cuencas hidrográficas diferentes, la primera en la subcuenca de Yavi- La Quiaca y la segunda en la sección central y septentrional de la gran cuenca de Miraflores, Guayatayoc-Salinas Grandes (Ottonello y Krapovickas, 1973). Pero ambas culturas sobrepasan los límites de esas cuencas y así se encuentran restos de ambas también en la de Pozuelos y en

el valle del Río Grande de San Juan. La cuenca de Pozuelos tiene, por su extremo septentrional, una fácil comunicación con el río Talina, otro de los afluentes puneños del Pilcomayo. Seguramente es por esta razón que en el norte de esa cuenca aparecen vestigios de la cultura de Yavi. En el sur, en cambio, hay sitios con restos correspondientes a la otra cultura.

A la cultura de Yavi le damos aquí la primera designación que propusimos (Krapovickas, 1965, 1968), tomándola del nombre de una localidad tradicional e históricamente significativa que se localiza en la zona donde están los sitios que sirvieron para definirla. Otros nombres que también le hemos otorgado fueron: "cultura Yavi Chico (Ottonello y Krapovickas, 1973) y "fase Yavi Chico" (Krapovickas, 1977).

El complejo cerámico de esta cultura se distingue por sus pastas, algunas formas y un estilo decorativo particular. Hay una serie de tipos que poseen pastas de color ante o anaranjado con abundantes inclusiones blanco-grisáceas que seguramente formaban parte de la arcilla original utilizada en la confección. Con estas pastas claras se hicieron vasijas con y sin decoración.

La forma más representativa es la que hemos llamado vasija con asas asimétricas (Krapovickas, 1977, pág. 131). Los ejemplares más corrientes están hechos con pastas de tonos claros, son pequeños, aunque los hay grandes, y pueden tener decoración o carecer de ella. El mayor número de las piezas conocidas provienen de sitios del norte del sector oriental de la Puna, especialmente de aquellos que sirvieron para aislar los rasgos que caracterizan a esta cultura. Por ello esta forma ha sido considerada como típica de ella. Vasijas como éstas han aparecido también en sitios más meridionales del mismo sector oriental y de la quebrada de Humahuaca pero, por su escaso número, adquieren un carácter claramente intrusivo.

Otras formas también frecuentes en esta alfarería son las escudillas, las vasijas globulares con asas verticales labioadheridas y las piezas subcilíndricas con asas también verticales. Por su valor diagnóstico entre estas últimas merecen destacarse unas vasijas cilíndricas de diámetro casi constante en toda su altura, ya que no muestran un estrechamiento o cintura, y que poseen asas laterales verticales de distinto tamaño. Las vasijas pueden tener, o no, decoración (Serrano, 1940b; von Rosen, 1957, figs. 242 a 246; Fernández, 1978, figs. 5 a 9). Nosotros hemos encontrado en Yavi Chico tres de estas vasijas, dos de las cuales aparecieron en un silo, asociadas a un ejemplar de asas asimétricas. Durante nuestras investigaciones las hemos denominado vasijas con forma de "baldes" (Krapovickas, 1965).

Con las pastas de color claro hay tipos sin decoración, como el Portillo ante liso, o decorados como el Portillo policromo y el Yavi Chico policromo. Este último adquiere relevancia, pues su decoración es uno de los rasgos distintivos de la cultura aquí presentada. Aparece en el exterior de vasijas de cuerpos globulares o subcilíndricos y en el interior de escudillas. Entre las primeras se destacan las vasijas con asas asimétricas. La decoración se desarrolla sobre un engobe morado que no cubre toda la pieza sino que deja al descubierto una porción de la superficie de tono ante, color que pasa a integrar también de esta manera la decoración. Los motivos son geométricos constituidos fundamentalmente por combinaciones complejas de series de triángulos y espirales (Krapovickas, 1962, fig. 19). Otro tema característico está integrado por superficies en forma de

“gotas” que se entrelazan (Krapovickas, 1977, pág. 136; Bregante, 1926, pág. 175). Los motivos fueron realizados con trazos muy seguros. Pero la pintura empleada, si bien fue aplicada antes de la cocción, es poco consistente. Por eso esta decoración aparece muy borrada y desgastada.

Otros tipos significativos pero no decorados, son el Pobuelos con cuarzo, el Cerro Colorado tosco y varios tipos que muestran inclusiones de mica. El tipo Pozuelos con cuarzo es muy importante, al igual que el Portillo ante liso, pues son tipos claramente diagnósticos válidos para rastrear la expansión de la cultura. Pero también, por su distribución en los sitios con estratigrafías, muestran que algunos de los elementos de la cultura de Yavi forman parte de una tradición alfarera que se remonta en el tiempo a niveles culturales anteriores (fase Cerro Colorado, Krapovickas, 1977).

Los portadores de la cultura de Yavi fueron agricultores y pastores. Cultivaron maíz y seguramente otras plantas en los fondos aluvionales de los valles o en lugares donde debieron construir andenes. Contaron con medios para aprovechar los recursos hídricos y limitar los efectos destructivos de la erosión. Poseyeron también sistemas de almacenamiento de excedentes. Los restos óseos de los basurales y el arte rupestre muestran que hubo importantes rebaños de llamas. Domesticaron además el cobayo. A diferencia de la otra cultura contemporánea, la de Casabindo, no hubo en la de Yavi entierros en grutas. Las inhumaciones fueron variadas, ya que los muertos se sepultaron en pozos cilíndricos cubiertos con lajas o en tumbas compuestas por un conducto vertical y una cámara lateral. Esta última estaba cerrada con piedras colocadas oblicuamente.

En el interior de estas tumbas no se generó el microclima altamente protector y conservador para los materiales perecederos tal como ocurrió con los entierros en grutas de la otra cultura. Por ello, si bien es casi seguro que aquí también existieron, no se conocen objetos de madera, cestería o tejido pertenecientes a la cultura de Yavi. En cambio sí se han recogido elementos muebles de otro tipo como instrumentos de labranza o puntas de proyectiles de piedra y herramientas de metal.

Hay varias instalaciones correspondientes a esta cultura que, dada su cercanía y sus evidentes diferencias funcionales, parecen haber estado vinculadas por algún tipo de relación sociopolítica. Es lo que sugieren sitios como Yavi Chico, Cerro Colorado y Pueblo Viejo de La Quiaca que están en la subcuenca de Yavi-La Quiaca próximos a la actual frontera internacional. El primero es un poblado con andenes que carece de fortificaciones. En cambio los otros dos están en una clara posición estratégica en lugares elevados, desde los cuales se controla una amplia extensión en cuyo extremo norte está Yavi Chico. No sería extraño que este sistema de poblados indígenas relacionados se continuara más allá del límite político moderno en otros sitios similares pero aún no conocidos.

Elementos materiales de la cultura de Yavi, especialmente los cerámicos, han aparecido en sitios del norte del sector oriental de la Puna, localizados en las cercanías de la frontera argentino-boliviana. En la subcuenca de Yavi-La Quiaca, en el nordeste, están Yavi Chico, Cerro Colorado, Pueblo Viejo de La Quiaca y Tafna. En el norte de la cuenca de Pozuelos esos elementos aparecen en Yoscaba y Calahoyo, en tanto que en el río Grande de San Juan se los ha recogido en Churquiwasí, Cabrería, Pueblo Viejo, Peña o Esquina Blanca, Pampa Grande y Hornillos. También existen limitados datos que señalan que la cul-

tura de Yavi se extendió por el sur boliviano en sitios del valle del río Sococha (Bregante, 1926, págs. 84 y 175) y, más lejos aún, en Tarija (von Rosen, 1957, pág. 256). Las zonas meridionales de Bolivia fueron territorios ocupados por los indios chichas como lo indican tanto la documentación histórica como la perduración de su nombre en el de dos provincias del vecino país. La mención, hecha por Matienzo, de indios chichas en Calahoyo, en el norte del bolsón de Pozuelos, donde hay restos de la cultura de Yavi (Fernández, 1978), es un dato concreto que se agrega a lo anterior. De esta manera, dada la plena coincidencia entre la información arqueológica y la etnohistórica, proponemos que la cultura citada, tal como la hemos presentado, perteneció a los grupos chichas meridionales.

Aceptando como válida esta identificación, podemos utilizar los restos materiales de esta cultura para rastrear la existencia de chichas en lugares sobre los cuales carecemos de datos directos aportados por las fuentes escritas. Así afirmamos que, en lo que ahora es territorio argentino, no sólo hubo chichas en el bolsón de Pozuelos, como lo anotó Matienzo, sino que también vivieron en la subcuenca de Yavi-La Quiaca y en el curso superior del río Grande de San Juan. Pero podemos sugerir, además, que posiblemente hubo chichas al oriente de la sierra de Santa Victoria en el departamento salteño del mismo nombre, tal como ya lo decía Serrano en 1940 y lo indican los hallazgos de Márquez Miranda y Togo (Serrano, 1940 b; Togo, 1973).

La información arqueológica básica que ha sido utilizada para elaborar esta presentación de la cultura de Yavi se originó en trabajos y estudios efectuados en sitios de la subcuenca de Yavi-La Quiaca. Además, es aquí donde aparecen con mayor pureza los rasgos que la caracterizan. Por esta razón consideramos a esta subcuenca como la zona nuclear de esta cultura, dentro de los límites que le hemos fijado al sector oriental de la Puna.

En este escrito consideramos como zonas nucleares de las culturas presentadas a las cuencas o porciones de cuencas en las cuales se localizan los sitios que han servido para definirlos. El empleo del concepto de zona nuclear no implica el reconocimiento de las mismas como centros de origen o difusión de esas culturas. Significa simplemente que allí aparecieron sus expresiones más representativas dentro de los límites que aquí le damos al sector oriental.

El conjunto más importante de sitios arqueológicos de la cultura de Casabindo se encuentra en la porción central de la gran cuenca cerrada de Miraflores-Guayatayoc-Salinas Grandes. La mayor parte de ellos están en las quebradas de afluentes occidentales del río Miraflores, en una zona que depende fundamentalmente de Casabindo, un pueblo actual muy tradicional y representativo. Hemos preferido dar este nombre a la cultura aquí estudiada, en lugar de elegir el de algún sitio arqueológico específico, pues creemos que el de Casabindo resulta más abarcativo quedando comprendidos así en esa denominación todos los sitios que sirven para definir a la cultura. El nombre de Casabindo, con este mismo contenido, ya lo hemos empleado con anterioridad (Krapovickas, 1968). Otros nombres que también le fueron otorgados son "cultura Agua Caliente" (Ottonello y Krapovickas, 1973), "cultura atacameña de tipo Doncellas" (Lafón, 1965) y "Complejo de la Puna" (Krapovickas, 1960).

El conocimiento que se tuvo durante bastante tiempo sobre la cultura de Casabindo provenía principalmente de hallazgos efectuados en tumbas. Puede

decirse que recién a partir de fines de la década del 60 se intensificaron los estudios integrales de sitio (Ottonello, 1973; Alfaro y Suetta, 1976; Suetta y Alfaro, 1979). Por eso, aquel hecho otorgó al patrimonio material de esta cultura un aspecto muy peculiar. Por las óptimas condiciones de conservación generadas en esas sepulturas, los ajuares muestran un elevadísimo número de objetos hechos con sustancias perecederas como maderas, cesterías, calabazas o tejidos (Boman, 1908; Vignati, 1938; Krapovickas, 1960). Este equipo, con toda seguridad, no se hubiera conservado de manera similar bajo condiciones de mayor humedad. En consecuencia, según pensamos, no puede afirmarse que todos estos artefactos sean exclusivos y característicos de esta cultura. Como hemos visto, en lo que se refiere a la de Yavi, no se dieron en ella las mismas circunstancias y, como resultado, los elementos confeccionados con materias primas orgánicas no perduraron. Por esta razón la comparación entre las dos culturas, debe realizarse básicamente por medio de las alfarerías.

En la cerámica de la cultura de Casabindo hay dos formas que son diagnósticas. Una de ellas es la que habitualmente recibe el nombre de vasito chato. Son escudillas pequeñas de paredes rectas y altas cuyas bocas pueden tener diámetros casi iguales o mayores que los de las bases. Con esto pueden ser subcilíndricas o troncocónicas. Nunca tienen decoración. En algunas de las colecciones conservadas en museos, por su alto número, aparecen como la forma más popular. La otra consiste en vasijas de cuerpos subglobares, con cuellos cortos, subcilíndricos que en ocasiones adquieren un aspecto atonelado. Estas vasijas pueden estar decoradas o no. En el primer caso los motivos, que aparecen pintados, constituyen otro rasgo distintivo de esta cultura (Krapovickas, 1960, fig. 4; Alfaro y Suetta, 1976, figs. 5 y 17).

Esa ornamentación se presenta de dos maneras. En ambas hay un registro decorado en la mitad superior del cuerpo limitado por dos líneas horizontales, una a la altura de las asas y la otra en la unión del cuerpo con el cuello. Una serie de trazos oblicuos originan, en el interior de ese espacio, grandes triángulos irregulares. En una de las modalidades la decoración es bicolor en negro sobre rojo y sólo aparecen las figuras de triángulos recién descritas (Krapovickas, 1960, fig. 4). Fragmentos con esta decoración fueron incluidos por Ottonello en su tipo Agua Caliente Pintado, terminación de superficie B (Ottonello, 1973, pág. 42, fig. VIII). En la otra modalidad, dentro de los triángulos se han agregado pequeños círculos blanco, hechos con una pintura poco resistente que parece haber sido aplicada después de la cocción (Alfaro y Suetta, 1976, figs. 5, 17 y 18). A esta última alfarería le damos aquí, siguiendo las normas de prioridad, el nombre de tipo Queta tricolor. En general, en ambas modalidades los diseños han sido realizados con trazos aparentemente rápidos y descuidados.

Esta cerámica, especialmente en su variedad tricolor constituye, sin duda, un elemento típico de la cultura de Casabindo, ya que aparece en varios sitios puneños: Queta, Agua Caliente de Rachaite (o Doncellas), Rinconada, Tabladitas, Lumará y Santa Ana de Abralaité (Alfaro y Suetta, 1976; Cabezas y otros, 1978, Krapovickas y otros, 1981). Fuera de la Puna, el tipo Queta tricolor fue encontrado, con carácter intrusivo en Pucara de Yacoraite y Peña Colorada, sitios de la Quebrada de Humahuaca vecinos a la unión del arroyo Yacoraite con el río Grande de Jujuy. Los materiales encontrados en el segundo de estos últimos sitios fueron descritos inicialmente como formando parte del tipo Peña

Colorada con Puntos Blancos (Deambrosis y De Lorenzi, 1975). Tanto en Santa Ana de Abralaite como en Peña Colorada, la cerámica que nos interesa estaba asociada a otros elementos más antiguos (alfarería Isla policroma y Alfarcito policromo), lo que indica que la misma tuvo una larga perduración temporal.

Las pequeñas vasijas zoomorfas que representan figuras de auquénidos también parecen otro rasgo cerámico característico de la cultura de Casabindo. Se las encontró primero en la quebrada de Humahuaca (Debenedetti, 1918, fig. 14; Bregante, 1926, pág. 146). Pero fueron halladas posteriormente en varios sitios de la cuenca del río Miraflores. Son éstos: Sorcuyo (Casanova, 1938, fig. 8) y Agua Caliente de Rachaite (o río Doncellas) (Alfaro y Suetta, 1976, fig. 19); ambos son sitios de la zona de Casabindo. Nosotros las hemos recogido en Quinlicán, en la ladera occidental de la sierra de Aguilar.

Fuera ya del acervo mueble de esta cultura debemos mencionar como propios de la misma a los entierros en grutas. Este tipo de inhumación, realizado en abrigos o grutas poco profundas adquiere distintas formas. En algunos casos son simples grutas cerradas con muros hechos con piedras y barro. En cambio en otros existen verdaderas construcciones más o menos independientes que han sido llamadas "casas tumbas" (Ottonello, 1973, pág. 31). Pero las citadas no son las únicas clases de tumbas que poseyó esta cultura. Las investigaciones recientes muestran que también hubo inhumaciones en el interior de recintos, incluso con párvulos sepultados en vasija de cerámica. Otro rasgo distintivo de esta cultura, evidentemente también vinculado a la vida espiritual de estas gentes, lo constituyen los menhires de piedra. Estos han aparecido en varios de los sitios: Sorcuyo (Casanova, 1938), Agua Caliente de Rachaite (Ottonello, 1973; Alfaro y Suetta, 1976) y Rinconada (Boman, 1908; Suetta y Alfaro, 1979). En el campo de la economía se agregan como otra particularidad de esta cultura, los silos destinados al almacenamiento de excedentes que fueron construidos, igual que las tumbas, en huecos de las laderas rocosas.

La atribución de la cultura de Casabindo a los indios casavindos no ofrece muchas dudas. Este grupo aborígen, de acuerdo a los escasos datos proporcionados por los documentos vivieron en la zona de influencia del pueblo moderno que lleva actualmente su nombre. Seguramente todos los sitios arqueológicos tardíos vecinos, Sorcuyo, Agua Caliente de Rachaite, Sayate, etc., fueron antiguas instalaciones ocupadas por estos indígenas quienes posiblemente quedaron reducidos en el pueblo actual.

No tenemos la misma certeza respecto a los cochinos. La zona en la cual estos indios estuvieron radicados es menos conocida arqueológicamente. En Queta se recogieron restos pertenecientes a la cultura de Casabindo. Pero los materiales procedentes de Cochinos (Ambrosetti, 1902) son en su mayoría incaicos. No existen claros elementos locales que puedan ser diagnósticos. Esto nos hace recordar lo que dice algún documento sobre una posible dependencia de los cochinos respecto a los caciques de Humahuaca. Pero, a pesar de estas inseguridades, por las reiteradas menciones que se hacen en los escritos de los cochinos junto con los casavindos, consideramos a estas dos parcialidades como afines y emparentadas. En consecuencia también le atribuimos a los cochinos la misma cultura.

Los vestigios de la cultura de Casabindo se distribuyen fundamentalmente en los bordes del amplio bolsón del río Miraflores, especialmente en su lado

occidental. También aparecen en el Pucara de Rinconada y en Queta en el sur de la cuenca de Pozuelos. De esta manera tenemos fijado el ámbito ocupado por esas dos tribus. El mismo comprendía la sección central y septentrional de la cuenca de Miraflores-Guayatayoc-Salinas Grandes y la porción meridional de la de Pozuelos. En el sur de este territorio estaban los casavindos y en el norte los cochinos. Pero elementos de su cultura se encuentran igualmente en el valle del río Grande de San Juan, donde hay además restos de la otra cultura, la de Yavi. Estos nos denuncia la presencia de grupos de distinto origen que constituyeron allí, tal vez, colonias multiétnicas.

Debemos decir algo sobre los apatamas, otra de las etnias que, según pensamos, vivieron también en algún lugar del sector oriental de la Puna como los anteriores. Pero tal como lo dijimos no hay ningún indicio, ni en los papeles ni en la toponimia actual, sobre los parajes en los que habitaron. Si aceptamos la hipótesis de que fueron una de las parcialidades de los chichas, podemos afirmar que ellos también compartieron la cultura de Yavi.

El sector oriental de la Puna con sus antiguos ocupantes, los chichas, los casavindos, los cochinos y los apatamas, quedó incorporado al imperio incaico. Las pruebas de ello las tenemos tanto en los vestigios arqueológicos como en la documentación. Son muy frecuentes los hallazgos de elementos incas en los sitios puneños. A esto se agrega la mención de una serie de tambos en la ya citada carta de Matienzo de enero de 1566. Esto confirma además que uno de los caminos que integraba la red vial imperial atravesó de norte a sur las cuencas de Pozuelos y la de las Salinas Grandes. Pero hubo seguramente otras ramificaciones. Sobre una de estas últimas estuvo el sitio de La Quiaca Vieja, donde existió otro tambo.

No sabemos en qué medida la fuerza estatal cusqueña actuó sobre las poblaciones locales creando modificaciones en el panorama étnico original. Es posible que se produjeran algunos cambios ya en tiempos prehispánicos por el traslado de mitimaes. Pero la información ahora existente no nos permite conocerlos con precisión. No obstante se puede suponer que el influjo cultural incaico sobre muchos aspectos de la vida indígena fue muy importante.

Los estilos decorativos mixtos incas locales, como el conocido con el nombre de Paya Inca o Casa Morada Polícromo, son un indicio de lo anterior. Respecto a este último estilo queremos señalar, como ya lo hicieramos en otra ocasión (Krapovickas, 1965; 1968), los parecidos que se observan entre el mismo y el tipo Yavi Chico polícromo. Esas semejanzas se manifiestan en una misma técnica de realización de la decoración y en varios motivos comunes. Todo marca un clima estético similar en ambas alfarerías. Por ello pensamos que el tipo Yavi Chico polícromo, integrante del complejo cerámico de la cultura de Yavi, pudo ser una de las principales fuentes que dieron origen al referido estilo Paya Inca.

EL PROBLEMA DE LOS ATACAMEÑOS EN LA PUNA

Resulta necesario agregar algún comentario sobre la posible existencia de atacameños en el sector oriental de la Puna o Puna de Jujuy. Según la conocida propuesta de Boman esos indígenas ocuparon el norte de Chile, la Puna y otros

territorios aledaños (Boman, 1908; 1916). Las ideas de Boman tenían dos sustentos, uno en el campo arqueológico y otro en el documental. Como consecuencia de sus propios trabajos y los de otros investigadores, todos desarrollados en los primeros años de este siglo, veía una total identidad entre los vestigios del norte de Chile y los de la Puna de Jujuy. Remarcaba además las diferencias entre estos restos y los procedentes de la quebrada de Humahuaca y la región "Diaguita". Como en el norte de Chile habían vivido los atacameños aseguró que los antiguos pobladores de la Puna de Jujuy también lo fueron. Buscó apoyo en la documentación del siglo XVI y utilizó principalmente escritos de Lozano Machuca y Herrera y Tordesillas. Pero forzó sus interpretaciones atribuyéndoles supuestos errores. Uno de sus argumentos básicos residía en el establecimiento de una sinonimia, no explicada, entre los términos apatamas y atacamas.

Vignati, posteriormente, criticó ácidamente a Boman, señalando los defectos de su análisis documental (Vignati, 1931). En reemplazo de la hipótesis de Boman propuso otra opción. Asentado en pasajes de Sotelo Narbáez, Matienzo y Herrera y Tordesillas, afirmó que el sector oriental de la Puna fue habitado sólo por grupos chichas. Así, excluyó de manera total a los atacameños de lo que es hoy territorio argentino. A pesar de esto las opiniones de Boman siguieron teniendo peso. Así por ejemplo Serrano localizó a los atacameños en la mayor parte de la Puna, pero reconoció también la presencia de chichas en el norte, en la zona del límite argentino-boliviano. (Serrano, 1940 a y b; 1963). Canal Frau aceptó igualmente el parentesco de los indios de la Puna con los del norte de Chile, pero al considerar que había ciertas diferencias entre los patrimonios culturales de ambas regiones, denominó apatamas a los indios de nuestro altiplano (Canal Frau, 1953). En años más recientes encontramos un apoyo a las ideas de Boman en trabajos de Lafon (1965) y Fernández (1978).

Nosotros desde los comienzos de nuestros estudios en la región nunca hemos aceptado plenamente esa dependencia total de las culturas de la Puna respecto a la atacameña. Debemos reconocer que en nuestra opinión influyó la de Vignati, ya que consideramos acertada su crítica a la exégesis documental de Boman. Pensamos que el argumento de los pretendidos errores que este autor encontraba en varios de los escritos del siglo XVI no resulta válido. Por otro lado el nombre apatamas corresponde a un grupo indígena claramente independiente y no es, en consecuencia, una manera alternativa de escribir el de atacamas.

Boman exaltaba las similitudes entre los hallazgos de la Puna y los del norte de Chile. Al mismo tiempo señalaba sus diferencias con los de otras regiones, especialmente con los de la quebrada de Humahuaca. Pero su conocimiento de la arqueología de esta última región era muy incipiente. No se habían iniciado aún los numerosos trabajos de Ambrosetti y Debenedetti en sitios como Tilcara, Yacoraite, La Huerta, etc. El panorama arqueológico quebradeño varió muchísimo poco tiempo después de que Boman formulara su hipótesis. Se nos ocurre que, con esos nuevos datos, Boman hubiera incluido también a la quebrada de Humahuaca dentro del territorio ocupado por los atacameños tal como lo hizo con la parte norte del valle Calchaquí, a partir de La Paya.

La arqueología actual nos muestra que tanto en la Puna como en las zonas vecinas del noroeste argentino, del norte de Chile y tal vez también en el sur de Bolivia, se desarrolló durante el período tardío un verdadero mosaico de

culturas locales todas muy parecidas y evidentemente muy vinculadas entre sí. Pero por lo que sabemos hasta ahora resulta difícil reconocer la definitiva preeminencia de alguna de ellas sobre las demás, ya sea por razones genéticas o por la acción de algún control de tipo económico o sociopolítico.

Siempre se han hecho notar los notables parecidos entre la cultura atacameña y la de Casabindo, con lo cual quedaría confirmado, como lo desean los seguidores de Boman, que sus portadores, los casavindos y los cochinos, fueron dos parcialidades atacameñas instaladas en la Puna de Jujuy. Pero nosotros vemos que la cultura de Casabindo no muestra sólo similitudes con la atacameña. Resulta claro que también posee, como integrante de aquel mosaico cultural al cual recién nos referíamos, un cierto número de rasgos compartidos con las restantes culturas. Al mismo tiempo manifiesta varios aspectos particulares, especialmente en las alfarerías (tipos cerámicos tricolores con puntos) que le otorgan independencia. Esto refuerza nuestra idea de que casavindos y cochinos constituyeron una etnia autónoma frente a las demás.

Nos falta agregar como parte de nuestra propuesta que, según los hallazgos arqueológicos, las mayores afinidades de la cultura tardía de Casabindo, dentro de ese conjunto cultural localizado en la Puna y zonas cercanas, se evidencian con relación a la cultura contemporánea desarrollada en la vecina quebrada de Humahuaca. Existen en ambas un número importante de elementos comunes y compartidos que señalan intercambios frecuentes y muy íntimos. Este mayor contacto entre los pueblos del sector oriental de la Puna y los quebradeños se vio favorecido por la proximidad de los territorios atribuidos a esas entidades. El gran bolsón puneño que constituye el centro de la cuenca de Miraflores-Guayatayoc-Salinas Grandes, sede de la cultura de Casabindo, está separado de la quebrada de Humahuaca por una sola cadena montañosa. Además, la comunicación entre las dos zonas es directa y facilitada por innumerables quebradas secundarias transversales (Krapovickas, 1979 b).

Los documentos parecen apoyar nuestra propuesta de que casavindos y cochinos no fueron una parcialidad atacameña y que mantuvieron estrechos lazos con los omaguacas. Los atacameños nunca aparecen citados en ninguno de los escritos del siglo XVI referidos al sector oriental de la Puna. Siempre que los encontramos, están claramente localizados en zonas situadas al oeste de la cordillera de los Andes. Hay sin embargo menciones más tardías sobre la presencia de atacameños en localidades de lo que ahora es el noroeste argentino. Pero esto se originó, indudablemente, en traslados posteriores a la conquista (Hidalgo, 1983). Por otra parte, siempre que leemos el nombre de los casavindos y cochinos junto al de otros indios, éstos, invariablemente, corresponden a poblaciones que vivieron al este de la Puna. Pero, lo más frecuente es encontrar anotados a casavindos y cochinos al lado de los omaguacas como si se tratara de una tríada inseparable. Es ésta una clara confirmación de aquellas estrechas afinidades denunciadas por la arqueología.

Con lo anterior queremos hacer resaltar las vinculaciones más específicas que fijaron los antiguos habitantes del sector oriental de la Puna con los de la quebrada de Humahuaca. Pero no tratamos, de ninguna manera, de minimizar la importancia de las relaciones que también ligaron a esas poblaciones, chichas, casavindos y cochinos, con los otros grupos indígenas vecinos como los atacameños del norte de Chile o los lipes o aimaras del sur de Bolivia. Hubo, además

de los estrechos parentescos culturales que unían a estos pueblos, toda una serie de comunicaciones, tráficos e intercambios, que no sólo implicaron la simple transferencia de objetos sino también el traslado de individuos. Es lo que sugieren tanto la arqueología como algunas fuentes escritas. Estos movimientos según lo indican varios hallazgos se remontan indudablemente a períodos anteriores al tardío (Fernández, 1978; Krapovickas, 1979 b).

CONCLUSIONES

La finalidad de nuestro trabajo fue la de lograr una identificación entre grupos de indios conocidos a través de los escritos y culturas prehistóricas tardías reconstruidas por la arqueología. Partimos del supuesto que la documentación existente, aunque tardía, segunda mitad del siglo XVI, sirve para reconstruir algunos aspectos originales de la vida de las poblaciones autóctonas de la Puna, ya que los mismos todavía no habrían sido demasiado alterados.

Anotaros a continuación los distintos pasos seguidos para alcanzar nuestros objetivos. Desde luego, no todos ellos se dieron en el estricto orden aquí expuesto. Así por ejemplo, la tarea arqueológica fue realizada paralelamente, e incluso en gran medida con anterioridad, a la elaboración de las fuentes escritas. Esos pasos fueron los siguientes: 1) estudio de la documentación para identificar a los grupos indígenas que pudieron haber vivido en el sector oriental de la Puna, a fines del período tardío; 2) registro de la información documental que permite localizarlos espacialmente; 3) complementación de esto con la interpretación de los topónimos modernos en los que perduran los nombres indígenas; 4) individualización mediante todo lo anterior de los lugares en los cuales estuvieron radicadas las distintas etnias; 5) estudio de los vestigios arqueológicos muebles e inmuebles con definición de dos culturas tardías contemporáneas; 6) determinación de las zonas de expansión de cada una de estas culturas; 7) análisis de este último aspecto con relación a las cuencas puneñas, para fijar en cuáles de ellas se localizaron las zonas nucleares de dichas culturas y por dónde se concretó su expansión; 8) determinación de la cultura a la que pertenecen los restos aparecidos en los lugares donde habitaron, según los documentos, las distintas etnias; 9) identificación entre etnias históricas y culturas arqueológicas; 10) utilización de los restos materiales, especialmente los cerámicos, para delimitar la expansión de las diferentes etnias con sus culturas por las cuencas puneñas.

Individualizamos cuatro grupos de indios que estuvieron radicados, casi con seguridad, a principios del siglo XVI, en el sector oriental de la Puna. Son ellos los chichas, los apatamas y los casavindos y cochinos. Dos son las culturas tardías que hemos definido según la arqueología. Son ellas la de Yavi y la de Casabindo. La primera la hemos atribuido a los indios chichas. Su zona nuclear, por lo menos dentro de los límites de la región estudiada, estuvo en la subcuenca de Yavi-La Quiaca. Su expansión se concretó por el norte de la cuenca de Pozuelos y alcanzó hasta el valle superior del río Grande de San Juan. El territorio original de los chichas fue, naturalmente, mucho mayor y ocupó una importante porción de lo que ahora es el sur de Bolivia. Como existe la posibilidad de que

los apatamas fueran una parcialidad de los chichas, a ellos también les atribuimos la cultura de Yavi, aunque no hemos podido localizar aún el lugar donde vivieron.

La cultura de Casabindo perteneció a los casavindos y cochinos, dos parcialidades que estuvieron localizadas en zonas muy cercanas y que están, indudablemente, emparentadas. Si bien su cultura, como las de otros pueblos vecinos contemporáneos, se parece en muchos aspectos a la de los atacameños no creemos que se los pueda identificar con ellos. En cambio pensamos que sus vínculos más firmes fueron fijados con los mucho más cercanos omaguacas. Los casavindos y cochinos habitaron principalmente en la porción central y septentrional de la gran cuenca de Miraflores-Guayatayoc-Salinas Grandes. Pero también se expandieron por el sur de la de Pozuelos y llegaron igual que los chichas hasta el valle superior del río Grande de San Juan donde convivieron con esos otros indios.

Buenos Aires, abril de 1984.

BIBLIOGRAFIA

- ALFARO, LIDIA C. 1983. Materiales arqueológicos posthispánicos en la cuenca del Río Doncellas. En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. Nueva Serie, tomo XIV, nº 2, 1981-82, Buenos Aires, págs. 81-83.
- ALFARO, LIDIA C. y SUETTA, J. M. 1976. Excavaciones en la cuenca del río Doncellas. En *Antiquitas*, nº 22-23, Buenos Aires, págs. 1-32.
- AMBROSETTI, J. B. 1901-02. Antigüedades calchaquíes. Datos arqueológicos sobre la provincia de Jujuy (República Argentina). En *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomos LII, LIII y LIV. Buenos Aires.
- BOMAN, ERIC. 1908. *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*. París.
- 1916. Las ruinas de Tinti en el valle de Lerma (provincia de Salta). En *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*, tomo XXVIII, Buenos Aires, págs. 521-540.
- BREGANTE, ODILIA. 1926. *Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste Argentino*. Buenos Aires.
- CABEZAS, O., JOAQUÍN, J. C. y CASAS, D. J. 1978. Yacimiento de Tabladitas (Puna Jujeña). En *Actas y Memorias del Cuarto Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (San Rafael, 1976), Primera Parte, San Rafael, págs. 89-94.
- CANALS FRAU, S., 1953. *Poblaciones indígenas de la Argentina*. Buenos Aires.
- CASANOVA, E. 1938. Investigaciones arqueológicas en Sorcuayo, Puna de Jujuy. En *Anales del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Buenos Aires*, tomo XXXIX, Buenos Aires, págs. 423-456.
- CONI, E. 1925. Los Guaraníes y el antiguo Tucumán. En *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 2ª serie, sección II, tomo II, Buenos Aires, págs. 17-47.
- DEAMBROSIS, M. S. y DE LORENZI, M. 1975. Definición de nuevos tipos cerámicos (Análisis de materiales procedentes de Peña Colorada, provincia de Jujuy) En *Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina* (Rosario, 1970), Buenos Aires, páginas 451-461.
- DEBENEDETTI, S. 1918. Las ruinas prehispánicas de El Alfarcito (departamento de Tilcara, provincia de Jujuy). En *Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires*, nº 18, Buenos Aires.

- FERNÁNDEZ, J. 1978. Los chichas, los lipes y un posible enclave de la cultura de San Pedro de Atacama en la zona limítrofe argentino-boliviana. En *Estudios Atacameños*, nº 6, San Pedro de Atacama, págs. 19-35.
- HIDALGO, J. 1983. Complementaridad Ecológica y Tributo en Atacama: 1683-1792. En *Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research*, Simposio Internacional nº 19 "An Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity". Cedar Cove, Cedar Key, Florida.
- JIMÉNEZ DE LA ESPADA, M. 1881-97. *Relaciones Geográficas de Indias*. Madrid.
- KRAPOVICKAS, PEDRO. 1960. Arqueología de la Puna Argentina. En *Anales de Arqueología y Etnología*, Universidad Nacional de Cuyo, tomos XIV-XV, 1958-59, Mendoza, páginas 53-113.
- 1962. Noticia sobre el arte rupestre de Yavi, prov. de Jujuy. En *Anales de Arqueología y Etnología*, Universidad Nacional de Cuyo, tomo XVI, 1961, Mendoza, págs. 135-167.
- 1965. La cultura de Yavi, una nueva entidad cultural puneña. En *ETNIA*, nº 2, Olavarría, págs. 9-10.
- 1968. Subárea de la Puna Argentina. En *XXXVII Congreso Internacional de Americanistas* (Mar del Plata, 1966, tomo II, Buenos Aires, págs. 235-271).
- 1977. Arqueología de Cerro Colorado (departamento Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina). En *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, tomo II, Antropología, La Plata, págs. 123-148.
- 1979 a. Los indios de la Puna en el siglo XVI. En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Nueva Serie, tomo XII, 1978, Buenos Aires, págs. 71-93.
- 1979 b. El tránsito entre la Puna Argentina y los valles orientales. En *América Indígena*, volumen XXXIX, nº 4, México, págs. 681-695.
- KRAPOVICKAS, P., CASTRO, A. S., PÉREZ MERONI, M. M. y CROWDER, R. J. 1981. La instalación humana en Santa Ana de Abraite, sector oriental de la Puna, Jujuy, Argentina. En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Nueva Serie, tomo XIII, 1979, Buenos Aires, págs. 27-28.
- LAFON, C. R. 1965. Tiempo y Cultura en la Provincia de Jujuy. En *ETNIA*, nº 2, Olavarría págs. 1-5.
- MEGGERS, B. J. y EVANS, C. 1980. Un método cerámico para el reconocimiento de comunidades prehistóricas. En *Museo del Hombre Dominicano*, Boletín, año IX, nº 14, Santo Domingo, págs. 57-73.
- OTTONELO, M. 1973. Instalación, economía y cambio cultural en el sitio tardío de Agua Caliente de Rachaite. En *Dirección de Antropología e Historia de Jujuy*, Publicaciones, nº 1, San Salvador de Jujuy, págs. 23-68.
- OTTONELO, M. y KRAPOVICKAS, P. 1973. Ecología y arqueología de cuencas en el sector oriental de la Puna, República Argentina. En *Dirección de Antropología e Historia de Jujuy*, Publicaciones, nº 1, San Salvador de Jujuy, págs. 3-21.
- ROSEN, ERIC VON. 1957. *Un mundo que se va*. Instituto Miguel Lillo, Opera Lilloana, nº 1. San Miguel de Tucumán.
- SALAS, A. M. 1945. El Antigal de Ciénaga Grande. En *Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires*, Serie A. V. Buenos Aires.
- SERRANO, A. 1940 a. Los atacamas. En *La Prensa*, 22 de septiembre de 1940, sección segunda, Buenos Aires.
- 1940 b. *Los chichas en territorio argentino*. En *La Prensa*, 20 de octubre de 1940, sección segunda, Buenos Aires.
- 1963. Líneas fundamentales de la arqueología salteña. Salta.
- SUETTA, J. M. y ALFARO, L. C. 1979. Excavaciones arqueológicas en el Pucara de Rinconada, provincia de Jujuy. En *Actas, Jornadas de Arqueología del Noroeste*. Universidad del Salvador, Buenos Aires, págs. 297-382.
- TOGO, J. 1973. Prospección arqueológica en el departamento Santa Victoria, Pcia. de Salta. En *Actualidad Antropológica*, Suplemento de *ETNIA*, nº 12, Olavarría, págs. 1-8.
- VIGNATI, M. A. 1931. Los elementos étnicos del Noroeste Argentino. En *Notas del Museo de La Plata*, tomo I, Buenos Aires, págs. 115-157.
- 1938. "Novissima veterum", hallazgos en la puna jujeña. En *Revista del Museo de La Plata*, Nueva Serie, tomo I, sección Antropología, Buenos Aires págs. 53-91.